

Domingo VI de Pascua. Ciclo B.
Hech 10, 25-26.34-35.44-48.

a.Contexto

El Libro de los Hechos de los Apóstoles forma una sola obra con el Evangelio de Lucas, incluso comienza donde acaba aquél, siendo obras ambos de un mismo autor, buen conocedor del griego.

Es un autor no nacido, desde luego, en Palestina, y llegado al cristianismo desde el mundo helenista y su cultura, que imperaba entonces sobre todo en la zona oriental del Imperio Romano.

Es claro que a la base está una de las comunidades formadas por paganos con elementos judíos, venidos a la fe en el mundo grecorromano de mediados del siglo I.

Puede tratarse de Antioquía de Siria, foco de la fe cristiana entre los no judíos, sucesora de Jerusalén en su importancia, por ser trampolín de expansión del cristianismo.

No por nada el Apóstol Pablo, entroncado con la tradición lucana, inició desde ella algunas de sus correrías apostólicas fuera del mundo estrictamente palestinese y de la hegemonía de Jerusalén.

El autor de ambas obras es desde luego el mismo, por unidad temática y por las características literarias y culturales que presentan ambas partes de esa única obra.

No se puede afirmar con certeza, hermanas/os cristianos, que se trate del discípulo de Pablo llamado Lucas, aunque a partir del cap.16 el narrador hable en primera persona del plural, incluyéndose él mismo.

¿Y si el autor ha tomado esta parte literalmente de un otro redactor anterior...? Debió escribirse por los años 90, después del Evangelio, para esa comunidad no judía, que ahora necesita un modelo de identificación en la fe.

El autor le presenta los inicios de la fe en esa zona, la forma de vida de aquellos cristianos primeros, cuando ya, a finales del siglo, es necesario regenerar la esperanza, superada la creencia en la inminente vuelta del Señor.

En las tres partes de que consta Hech: la Iglesia en Jerusalén (1-5,42); de Jerusalén a Antioquía (6-12,25); y de Antioquía a Roma (13,-28,31), Lucas va desarrollando los temas del Espíritu, de la salvación que trae Cristo.

Son temas acerca de la vida de la primera comunidad, etc., con un género literario un tanto especial, género que está a caballo entre la realidad y el ideal cristiano.

El autor expresa la fe en Cristo de los primeros cristianos para animar a los de su comunidad, mediante discursos, resúmenes y narraciones que le sirven de base para comunicar su mensaje de fe.

Esto quiere decir que no es su intención hacer crónica histórica, aunque haya datos históricos; por tanto, es inútil hacerle preguntas desde el siglo XXI a alguien que no se las planteó.

Hace falta ponerse en la clave del autor inspirado, no al revés, para conectar con esa experiencia de fe, que será el vehículo para que nosotros entremos en contacto con el mensaje religioso del texto.

En esto consiste que sea Palabra de Dios inspirada, fuente de Revelación universalmente válida para los creyentes en Cristo. Del contexto, y sólo de él, podremos extraer el sentido religioso de un texto bíblico concreto.

b. Texto

Los que han elegido las lecturas para la liturgia, seleccionan los textos bien, pero los cercenan a veces. En este caso nos presentan una buena selección de los versículos más significativos.

Tratan sobre la llegada de los paganos a la fe, teniendo como protagonista a Pedro. Hech se refiere sólo a Pedro y a Pablo (alguna vez a Esteban) y no a otros Apóstoles.

Esto, aparte de que no sólo se leen 'hechos', sino también resúmenes y discursos. El nombre del Libro, pues, no parece muy afortunado. En este caso, un discurso puesto por el autor en boca de Pedro como síntesis.

Es un resumen del anuncio primero del Evangelio (*kerigma*) que desencadena la entrada de los paganos del todo (no prosélitos como el eunuco de Etiopía) en la Iglesia.

Pedro, siguiendo el impulso del Espíritu, va a casa de Cornelio, anuncia el mensaje, que contiene hablar de Jesús, de su actividad misionera, de su muerte y resurrección, y del valor salvador de su obra.

Se concluye la escena con la conversión y el bautismo de Cornelio y su familia. Este hecho viene acompañado por la anterior irrupción del Espíritu. Son los dos elementos que configuran la pertenencia a la fe de Cristo.

El bautismo en su nombre (al principio no se da la fórmula trinitaria aún), y la recepción del Espíritu. En otros pasajes ambos elementos se disocian; aquí aparecen unidos.

Esta escena encierra una clave fundamental: la de la universalidad de la salvación: no es para los judíos sólo, sino para todos. Dicho así, parece muy sencillo, pero se trata de un paso gigante en la comunidad cristiana primitiva.

Las conexiones con Pablo resultan claras. Cuando surge esto, ya el tema de la pugna judíos-gentiles está posiblemente superado; pero los

cristianos de la segunda y tercera generación por los años 90 han de ser conscientes.

Se les pide que sean conscientes de la voluntad salvífica del Señor, que llama a la unidad superando barreras. Eso pretende enseñar el autor de Hech.

c. Para la vida

Hay un mensaje claro. Ninguna generación y ninguna cultura tienen el monopolio excluyente del Evangelio: los reduccionismos siempre son peligrosos.

Así, encerrarse en lo que siempre se ha hecho, o añorar tiempos pasados como los únicos donde era posible, gratificante y eficaz predicar y educar en cristiano resulta tan estéril pastoralmente.

Igualmente es estéril pastoralmente refugiarse en el mundo juvenil en exclusiva, con una adoración exagerada '¡a los chavales!', que no logra disimular otras carencias.

La vida humana sigue y sigue, y el mensaje cristiano es para todos, aparte de la legitimidad que encierra el subrayar los aspectos específicos de un carisma concreto dentro de la tarea del Reino.

Es el caso del carisma salesiano, dedicado a los jóvenes: pero todo exclusivismo es reduccionismo, y, además, lleva a absolutizaciones de tiempos, edades, formas y métodos que a veces hacen hasta reír, por no llorar.

Eso cuando no se absolutizan las personas... Lo grande del talante de un cristiano, amigos, deben ser las miras y el corazón. La igualdad dentro de las diferencias es un valor evangélico.

Este valor evangélico lleva a respetar los ritmos y las particularidades de la gente y sus 'carismas personales' incluso dentro de las instituciones de la Iglesia.

Sólo hay problemas entre carismas e institución cuando se quiere que los haya, y sólo se les llama 'caprichos' a los dones individuales de los otros, cuando uno ya ha 'canonizado' como únicos para todos sus propios gustos.

La lección de Pedro tiene hoy vigencia: ahí está el texto de Hech para recordarlo.

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderojasr@yahoo.es